

UN LUGAR SEGURO

Nº. R-16

No venía solo. Venía con su mujer y una tos seca que llevaba meses instalada en la consulta. A sus 67 años, gran fumador desde siempre me mostró en la primera consulta una pérdida de peso que llevaba anotada con precisión en su agenda. No era llamativa, pero sí constante desde hacía dos años. La ropa cada vez le quedaba más holgada. Esto no le había parecido relevante a otros especialistas a los que lo había comentado.

No quise mirar hacia otro lado. Solicité una analítica con marcadores tumorales y una radiografía torácica. El nódulo apareció, confirmando una sospecha que ya flotaba en el ambiente. La palabra cáncer vino después, seguido de la inmunoterapia, la incertidumbre y un miedo que también se sentaba en la silla de enfrente. A los efectos del tratamiento se sumaron la hiporexia e inapetencia, haciendo el proceso aún más pesado y repercutiendo en toda la familia.

En los meses siguientes le fui viendo a él, pero sobretudo a su mujer e hija, con una ansiedad reactiva comprensible ante un proceso oncológico incipiente. No venían buscando respuestas técnicas, sino ser escuchados y sentirse acompañados en un camino que acababa de empezar y ya resultaba abrumador.

Pasaron algunas semanas sin vernos, hasta que un día me crucé con su esposa en el centro de salud. Al preguntarle cómo estaban, me dijo que tenían cita conmigo en dos semanas. Ese día, justamente, no podría atenderles yo, sino otro compañero, al comentárselo su gesto se torció. No querían ver a otro médico, me dijo que deseaban que fuera yo quien continuara acompañándolos.

Entonces comprendí que no siempre curamos, pero a veces —sin darnos cuenta— nos convertimos en un lugar seguro. Y eso, en medicina de familia, también es comunicación.

Moreno Unzurrunzaga Inés